

Iglesia, mundo cristiano y acción política:
algunas reflexiones desde la izquierda no
cristiana
Jorge Arrate

146

IGLESIA, MUNDO CRISTIANO Y ACCION
POLITICA: ALGUNA REFLEXIONES DESDE
LA IZQUIERDA NO CRISTIANA .-

Jorge Arrate .-

Wijnhaven 25.
3e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-122114.
The Netherlands.

IGLESIA, MUNDO CRISTIANO Y ACCION POLITICA: ALGUNAS REFLEXIONES
DESDE LA IZQUIERDA NO CRISTIANA.

Jorge Arrate

Cuando Marx sostuvo su celebre tesis "los filósofos han interpretado el mundo, de lo que se trata es cambiarlo" definió la esencia de la política como actividad transformadora y estableció un criterio para valorar el sentido y dirección del quehacer de hombres y organizaciones. En el caso de América Latina quizá pocas instituciones pudieran servir tan bien como ejemplo del "filósofo" de Marx como la Iglesia Católica en los tres siglos siguientes al Descubrimiento. La Iglesia colonizadora, fiel expresión del "constantinismo" estricto de sus matrices española y portuguesa, fue el gran legitimador del dominio metropolitano sobre territorios y comunidades humanas. Aunque con características diversas la Iglesia del período republicano cumplió un rol similar en la legitimación del dominio oligárquico y conservador a través del continente. De esta manera, durante largos cuatro siglos -- y algo más -- la Iglesia Católica fue en América Latina el sostén ideológico más sólido y permanente de la supremacía de los ricos sobre los desheredados y de los intereses externos sobre los propios de cada nación. Los progresos en el reconocimiento de principios de igualdad humana, en la ampliación de los derechos civiles y políticos y, en general, en el mejoramiento de la situación social de los desamparados surgieron y se impusieron generalmente al margen o contra la voluntad expresa de la Iglesia. Su "filosofía", la concepción del mundo de la que se hacía portadora, era de status y conservación. La salvación que anunciaba no tendría jamás alguna expresión en tierra latinoamericana sino en un mundo desconocido asentado más allá de las márgenes de la historia humana.

Los últimos decenios registran un cambio en la posición de la Iglesia. El fenómeno es de gran trascendencia pues, más allá de su importante impacto inmediato, pudiera traer consigo consecuencias de muy largo alcance para el destino del continente. Es evidente que, en un proceso no lineal, sino contradictorio y complejo, la Iglesia ha ido generando acciones e influencias

que resultan decisivas para las posibilidades de cambiar el signo del status y revolucionar, en su más amplio sentido, nuestra realidad. De "filósofo" que sólo genera "filosofía" la Iglesia tiende a convertirse en generador de acción, concretamente de una praxis de matriz cristiana que compromete a organizaciones sociales, partidos políticos, grupos de base y simples individuos. El "mundo cristiano" -- para denominarlo de una manera globalizadora -- se interacciona con su Iglesia para dar una respuesta a los desafíos de la realidad. Y, al hacerlo, plantea al "mundo no cristiano", enraizado en las tradiciones históricas de lucha transformadora y libertaria, impulsada muchas veces contra la Iglesia y casi siempre sin la Iglesia, el desafío de comprender el nuevo fenómeno e integrarlo creativamente a su propio análisis y a su propia acción.

No intento en las líneas siguientes analizar cabalmente este desafío. Las dificultades para hacerlo colectivamente desde el punto de vista de la izquierda no cristiana -- y, en mi caso, marxista -- son grandes. Más habrían de serlo todavía para una tentativa puramente individual. Por ello las reflexiones que siguen deben ser consideradas, en su sentido más literal y exacto, un puro aporte a una discusión que está en curso y que es aún absolutamente insuficiente.

2. La transformación de la Iglesia latinoamericana en el sentido ya indicado es un fenómeno relativamente reciente. Desde el punto de vista del análisis político realizado desde fuera de la Iglesia, tres me parecen sus características más sobresalientes. Una primera es que el fenómeno de transformación de la Iglesia es un hecho de dimensión universal que abarca a la Iglesia en su conjunto y no sólo a partes o secciones de ella. Como tal adquiere singularidades que lo especifican y diferencian, según la realidad en que se concreta. La modernización de la Iglesia, oficializada en el Concilio Vaticano II, presenta por tanto características especiales en América Latina. Diversos hechos han condicionado e influido la transformación. La población latinoamericana es abrumadoramente de fe católica, América Latina es, en conse-

cuencia, una de las principales bases del catolicismo. En América Latina, como se ha recordado anteriormente, el rol legitimador del poder ejercitado por siglos por la Iglesia la colocaba, en el proceso de agudización del conflicto social y de avance del movimiento obrero organizado, en contradicción cada vez más evidente con las aspiraciones de su base popular. Es quizá por la fuerza de esta contradicción que el fenómeno de compromiso social de la Iglesia adquiere un relieve aún mayor, hasta el punto de generar movimientos que trascienden de América Latina a todo el universo de la Iglesia (me refiero, por ejemplo, a Cristianos por el Socialismo) y concepciones del mensaje cristiano y de su traducción práctica cuya trascendencia va mucho más allá de los confines puramente latinoamericanos (me refiero a la Teología de la Liberación). De esta manera, en el proceso universal de transformación de la Iglesia la singularidad latinoamericana adquiere, a su vez, un creciente universalismo y con ello una influencia mayor en el proceso de evolución del conjunto de la Iglesia. En este sentido, aquello que ocurra con la Iglesia en América Latina -- por señalar un ejemplo concreto, la experiencia de la iglesia nicaraguense hoy día -- no es un puro hecho local sino, por el contrario, tiene una trascendencia internacional.

Un segundo aspecto que es preciso tener presente es el carácter contradictorio y no lineal de la transformación de la Iglesia. Ni el Concilio Vaticano II, ni Medellín, ni Puebla, constituyen momentos que de por sí induzcan un cambio integral en una u otra dirección. Son en realidad momentos de un proceso que es parte, para algunos, de una nueva etapa que recién se inicia en la historia de la Iglesia. En dicho proceso la composición de tendencias en su interior se va permanentemente modificando mediante la confrontación de las ideas tradicionales con las más modernas y a través de la interinfluencia de la Iglesia como institución jerárquica con el "mundo cristiano", su base humana y social. Esa interacción ocurre en un marco donde numerosos factores externos a la realidad de la Iglesia ejercen influencia en su proceso interno, el más importante las contradicciones de la realidad social y su cristalización política en el comportamiento y proyectos de los partidos o movimientos que luchan por el cambio.

Un tercer aspecto se refiere a la naturaleza y significado de los nuevos contenidos en que se traduce la evolución de la Iglesia especialmente en la realidad latinoamericana. La Iglesia no es un partido político y, por lo tanto, su mensaje no puede ser interpretado, sin grave riesgo de error, de una manera exclusivamente política. Es evidente, sin embargo, que las mutaciones en el mensaje eclesial tienen una trascendencia política enorme en un continente con una base cultural católica indiscutible y en que el propio conflicto social ha sido elemento, como ya se señaló, condicionante de la evolución de la Iglesia. El puro enunciado de principios tales como "la defensa de los derechos humanos", "la opción preferencial por los pobres" no es, por supuesto, suficiente y es preciso considerar que, como ocurre con muchísimos conceptos e ideas, ellos admiten definiciones precisas diversas y aplicaciones hasta contrapuestas. En el caso de que se trata, aquello que creo ^{necesario} subrayar es que dichos enunciados se inscriben en una tendencia caracterizante del proceso de transformación de la Iglesia que podría delimitarse en los puntos siguientes:

- Una reinterpretación de la idea de la caridad cristiana que tiende a identificar caridad con justicia.
- Una concepción tendiente a dotar a la idea de salvación de un contenido terrenal y, por lo tanto, histórico.
- Una más precisa formulación del vínculo entre lo sacro y lo profano, entre religión y política, que permite establecer una mayor distancia crítica entre las enseñanzas morales de la Iglesia y el modo como ellas deben traducirse en acción, dejando el espacio de la práctica a la esfera de la decisión individual.

En el cuadro latinoamericano cada Iglesia nacional asume este proceso y sus tendencias de manera diferenciada. La experiencia de la Iglesia nicaraguense, el rol de la Iglesia salvadoreña, el activismo social de la Iglesia brasilera, constituyen quizá los ejemplos más destacados del nivel alcanzado por su transformación. Los Episcopados de otros países mantienen aún posiciones que reflejan la fuerza de las ideas más tradicionales o se plantean en posiciones de mediación entre el sistema de poder y las demandas populares acalladas por el autoritarismo imperante.

Este último pareciera ser el caso de la Iglesia chilena, recién-

temente analizado en su doble función de "articulación social y negociación política" por el sociólogo chileno Sergio Spoerer*. Una tentativa de síntesis del análisis de Spoerer, dejando de lado las cuestiones más propias del análisis coyuntural, podría ser la siguiente.

-- Primero, "las particularidades del proceso histórico chileno han creado las condiciones para el establecimiento de un lazo orgánico privilegiado entre la Iglesia y el Estado, lazo orgánico al cual han sido subordinadas las relaciones entre la Iglesia y los movimientos sociales".

-- Segundo, el movimiento obrero y popular se desarrolla en Chile en contradicción con la Iglesia y con las principales expresiones políticas del pensamiento cristiano (Partido Conservador, primero, Partido Demócrata Cristiano, después).

-- Tercero, en esta virtud el movimiento obrero y popular no estuvo en condiciones de recoger plenamente el resultado de la polarización creciente que, en la década del 60 se produce paralelamente en la Iglesia y en la Democracia Cristiana, de modo que las expresiones institucionales cristianas surgidas de dicha polarización no resultan en la constitución de un nuevo lazo orgánico entre cristianismo y movimiento popular, sino en una suerte de "convergencia limitada entre un sector minoritario del catolicismo chileno que vive un proceso de radicalización política y las expresiones orgánicas tradicionales del movimiento popular".

-- Cuarto, la "reestructuración autoritaria del capitalismo" iniciada en Chile en 1873 abre una fase en el rol de la Iglesia caracterizada por la revalorización de diversas expresiones de "cristianismo popular". La fase se define por el desarrollo de la pastoral de Solidaridad, el auge del movimiento de las comunidades de base y la revalorización de la religiosidad popular.

-- Quinto, no es posible dar por ahora "una respuesta categórica" a la pregunta de si "la emergencia y maduración del cristianismo popular durante el período de la reestructuración autoritaria ha creado las condiciones para una ruptura del lazo orgánico, históricamente dominante, entre Iglesia y Estado y su reemplazo por otro nuevo que (ligue) de modo privilegiado catolicismo y movimiento popular".

-- Sexto, en la "conservación de una relación orgánica entre cristianismo y movimiento popular, es este último que aparece

como el factor determinante". Sin embargo, sus actuales limitaciones "no permiten pensar que, más allá de las convergencias objetivas frente a una situación de crisis; se avance efectivamente hacia la relación orgánica" planteada.

El análisis de Spoerer termina, de esta manera, concibiendo el desarrollo de una relación orgánica amplia entre el movimiento obrero y popular y el mundo cristiano como un desafío en que el rol de la primera de las partes resultará "determinante".

3. En la realidad chilena, a la que me referiré específicamente a continuación, la preocupación de las organizaciones políticas de izquierda por el rol de la Iglesia y los cristianos en el proceso de cambio social no es, naturalmente, nueva. El tipo y orientación de esa preocupación ha estado marcado por algunos de los elementos más característicos de la conformación de las instituciones políticas chilenas y de su modo de concebir la política. De ellos, los rasgos que más interesan para efectos del argumento, son el rol categóricamente dominante de los partidos como organizadores de la energía social y su indiscutida preeminencia globalizadora, y, dos, el carácter marcadamente ideológico y doctrinario de las definiciones partidistas. Ambos fenómenos, con matices no despreciables, creo pueden reconocerse en toda la gama de organizaciones políticas chilenas durante el presente siglo. En el caso de las fuerzas de izquierda, ellos fueron especialmente marcados contribuyendo, por una parte, a la conformación de un movimiento obrero y popular claramente perfilado y capaz de ofrecer, más allá de sus errores o aciertos, opciones precisas de cambio social. Pero, al mismo tiempo, el "partidismo" de la política chilena (roto temporalmente por el "movimentismo" surgido en torno a la figura carismática de Carlos Ibáñez en 1952), impidió una aprehensión más rica de los fenómenos sociales que no alcanzaban a asumir una forma definitivamente política o del papel de instituciones que aunque no precisamente políticas ejercitaban una influencia de tal carácter.

Pienso que ese fue el caso en relación con la Iglesia y el mundo cristiano, frente a los cuales una a veces empeñosa reflexión de sectores de izquierda tuvo - y tiene aún hoy día -- una impregnación de tipo puramente taticista y/u otra de tipo marcadamente ideológico. La primera se ha reflejado más claramente en la

búsqueda de una interlocución con la Iglesia como puente hacia un entendimiento político con el Partido Demócrata Cristiano, ya sea durante el período 1970-1973, ya sea con el objeto de restaurar formas democráticas de convivencia en Chile en los años inmediatamente siguientes. En este sentido el conjunto temático, vasto y complejo, relativo a la relación entre cristianos y marxistas ha tendido a funcionalizarse en torno al significado de perspectivas siempre inmediatas de un entendimiento en el que la Iglesia y el mundo cristiano se consideran representados en una entidad política determinada. La segunda ha tendido a concentrar la reflexión en la esfera de la ideología, buscando sintetizar o al menos discutir de una manera positiva la contraposición histórica entre la visión del mundo inspirada en Cristo y la visión del mundo inspirada en el materialismo de matriz marxista.

Ambas líneas de reflexión enfocan cuestiones plenamente justificadas y legítimas. El énfasis en el ángulo elegido, absorbe, sin embargo, aquello que pareciera realmente principal. Así, la necesaria incorporación de las variables "Iglesia" y "mundo cristiano" en el análisis político coyuntural, y el reconocimiento de la evidente relación de ambas con el Partido Demócrata Cristiano, ha llevado a subsumir las cuestiones de valor estratégico o de largo plazo en aquellas de importancia inmediata. Del mismo modo, la necesaria discusión filosófica o doctrinal, cuando es elevada al lugar central, amenaza con diluir - en tanto no esté resuelta - el debate apropiado sobre cómo marxistas y cristianos, cristianos y marxistas, pueden juntos proponerse no sólo filosofar, sino cambiar el mundo. Ambos tipos de reflexión se radican, en último término, en una determinada concepción del partido político que ha sido casi absolutamente dominante hasta hoy en la izquierda chilena y que, entre otras características, atribuye al partido las funciones de rígido centralizador y globalizador del quehacer social y de proveedor de una cosmovisión para sus militantes capaz de entregar respuestas a las más variadas cuestiones de la vida material y espiritual. La mantención de este concepto de organización limita, en general, la capacidad política de encauzar el variado acontecer social en función

transformadora común y, para los efectos de la construcción de un "lazo orgánico" difundido entre el mundo cristiano y el movimiento obrero y popular, parece incapaz de superar las condiciones heredadas del pasado.

Organizaciones políticas de izquierda de naturaleza filosófica "integrista" inducen necesariamente a que el "mundo cristiano" busque la generación de una propia institucionalidad política de corte similar.

Es esta una opción legítima que debe permanecer abierta para los cristianos tal como la opción del partido definido como cosmovisión continuará siendo una alternativa abierta para el marxista. Es, sin embargo, nuestra proposición central que la enorme potencialidad transformadora de la tendencia convergente entre el movimiento obrero y popular y el mundo cristiano es posible de desarrollar en plenitud sólo si dicha convergencia es materializable hasta el interior mismo de la organización política.

El tema no es en absoluto novedoso para medios políticos europeos donde, por citar sólo dos ejemplos, el socialismo francés ha desarrollado una práctica en la dirección señalada y donde el comunismo italiano ha generado una riquísima reflexión teórica y significativos avances concretos. En América Latina la experiencia nicaraguense, especialmente la del "tercerismo" y nuevas organizaciones políticas que surgen o resurgen en Brasil, han abierto caminos concretos en la dirección señalada. Son experiencias, sin embargo, que no se desarrollan en un marco institucional de partidos históricos tan marcado y sólido, en el sentido de sus mecanismos de auto-conservación, como el chileno.

Un esfuerzo de superación de los límites del cuadro partidario chileno y de sus opciones requiere avanzar masivamente desde el punto de vista de la izquierda no-cristiana en la discusión y aceptación de a lo menos tres cuestiones:

1) Traspasar la etapa en la cual el marxista acogía la participación política junto al cristiano en tanto el cristiano era un

"trabajador" o para decirlo con rudeza participaba políticamente junto a otro "trabajador" a pesar de ser cristiano.

Desde el ángulo de la reflexión teórica la participación junto al cristiano, en cuanto cristiano, implica necesariamente reconocer en el cristianismo una inspiración válida para la lucha por el socialismo.

2) Redefinir claramente la naturaleza del Estado correspondiente a los proyectos históricos que los partidos proponen, como un Estado no totalizante, sin ideología propia, y, por tanto, pluralista y laico.

Ello implica necesariamente para organizaciones políticas que se plantean el socialismo como objetivo confrontarse críticamente con las experiencias del denominado "socialismo real" y el sistema del "partido-Estado".

3) Reelaborar una concepción de partido que atribuya un valor determinante al programa político por sobre las definiciones filosóficas, sin que ello signifique la renuncia a las matrices culturales o ideológicas que han sido históricamente la fuente de inspiración de la organización o, por otra parte, la vigencia del puro pragmatismo como norma de acción.

Siendo, como señalaba Spoerer en el trabajo antes citado, "determinante" la actitud del movimiento obrero y popular para la traducción política que tengan los fenómenos de cambio registrados en la Iglesia y en el "mundo cristiano" en América Latina, un amplio debate sobre los puntos señalados resulta indispensable en el medio político y cultural chileno.

Los tiempos no son lineales, sino más bien concurrencias o divergencias de factores diversos que generan coyunturas a veces históricas, en el sentido de su singularidad y de la ocasión de cambio que ellas ofrecen. Vivimos, por muy diversas razones, varias de las cuales he intentado inventariar aquí, una de ellas. No es indefinida ni necesariamente repetible en el futuro próximo.

Por otra parte, siendo efectivamente determinante, la acción de la izquierda no cristiana no es el único factor en juego. El mundo cristiano, especialmente aquel que ya ha asumido políticamente una nueva visión, puede optar por alternativas propias en la búsqueda de una selección preferencial y de tendencia exclusiva con la Iglesia como institución. Por múltiples razones es esa una opción hoy día evidentemente atractiva.

De las distintas opciones resultará, sin embargo, una cristalización diversa de la relación de lucha común entre marxistas y cristianos, cristianos y marxistas. Se trata de buscar en común aquella que potencie más, en una perspectiva estratégica, la fuerza de la idea socialista.

≠ Sergio Spoerer, "La Iglesia Católica Chilena: entre el Estado y los Movimientos Sociales", mimeo., París, Mayo de 1981.

(Ponencia presentada en Septiembre de 1981 en el Seminario "Partidos políticos y movimientos sociales en América Latina", organizada en Sitges por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo).